

Vicente Bécares Botas, *LIBRERÍAS SALMANTINAS DEL SIGLO XVI. Segovia: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua-Caja Segovia, 2007*

[Reseña]

Desde la aproximación de Luisa Cuesta a la imprenta salmantina (1960), afortunadamente, los estudios sobre historia del libro en la Salamanca renacentista se han ido sucediendo y de manera notable en los últimos años. La aparición de la tipobibliografía de Ruiz Fidalgo (Madrid, 1994), con sus tres volúmenes y 1510 entradas, puso de manifiesto el relieve siempre evidente de la actividad impresora y libraria en la ciudad del Tormes. Las ricas fuentes archivísticas, especialmente las de la Universidad –con sus libros de claustros, los de visitas de cátedra y de otra naturaleza– y las del Archivo Histórico Provincial, con sus protocolos notariales sobre todo, han permitido estudios de base documental que ilustran con detalle la vida libraria salmantina, como los de Marta de la Mano, Mercaderes e impresores de libros en la Salamanca del siglo XVI (1998) o los del propio Bécares, que lleva tiempo dedicando sus afanes a estudios como el que hoy comentamos. Baste recordar *La Compañía de Libreros de Salamanca (1530-1534)* en 2003, o su *Guía documental del mundo del libro salmantino del siglo XVI* (2006), que tiene su antecedente en el ya raro *Avance para una guía del mundo del libro salmantino del siglo XVI* (Zamora, 2002) en tirada de tan solo cien ejemplares en edición privada, amén de diversos textos para congresos o revistas científicas. Bécares también suele acudir, como en esta ocasión, a otras fuentes documentales, las del Archivo Diocesano de Salamanca y las de la Real Chancillería de Valladolid.

Esta vez nos ofrece el profesor Bécares una obra que ha merecido el I Premio «Sinodal de Aguilafuente» y que se nos presenta cuidada en lo material –cinta de registro y reproducciones de portadas–, y en lo científico, con más de cincuenta páginas de índice de autores y títulos mencionados a lo largo de sus quinientas páginas. Si en otras aportaciones se ha ocupado de la última fase de la circulación libraria, como el ingreso mediante compras en la Biblioteca Universitaria durante el siglo XVI –en *El Libro Antiguo Español*, IV, págs. 83-135–, ahora incide en el punto de inicio de la circulación, la disponibilidad que ofrecían los libreros mediante sus fondos de surtido, editando veinte inventarios que acogen cronológicamente un amplio periodo, desde 1530-34, con el de la Compañía de libreros, a 1601, con el de Jusepe de Torres, inventarios que ocupan más de 350 páginas. Los inventarios corresponden a varias tipologías de libreros, los hay de «facultad», es decir, especializados en libros de estudio, los hay de libro humanístico continental (como Pulman), otros comparten su condición de librero con la de impresor (como Antonio de Lorenzana), y los hay merceros (como Sorman) que, junto a crónicas y devocionarios, tenía gargantillas y castañetas, o cartilleros, como Herrera.

Junto a los libreros de menor perfil aparecen los grandes mercaderes, como los Portonariis, Juan de Junta, Juan de Cánova, Matías Gast o Benito Boyer, al que Bécares

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIII, 50 (julio-septiembre, 2007)

hizo una aproximación detallada en 1992 al publicar su inventario de Medina del Campo de 1592, junto a Alejandro Luis Iglesias. El de ahora es anterior, de 1565, y un cotejo entre ambos nos permitiría apreciar la evolución de Boyer, su capacidad económica para tener fondo. En este sentido, de contar con los documentos, hubiera sido muy interesante ofrecer de un mismo librero dos inventarios distantes cronológicamente, para apreciar su evolución, por ejemplo uno de dote, al casarse, y otro post-mortem.

Antes de cada inventario, Bécades ofrece un perfil biográfico sucinto pero no ayuno de datos de interés, fruto de su propio trabajo de archivo sobre los libreros. De ahí proceden numerosas noticias relativas a herencias, pleitos y otros aspectos de su vida profesional. La realidad inquisitorial está a veces presente en estos inventarios, de nuevo en el del propio Boyer.

En la “Introducción” (págs. 11-63), cuya lectura es muy recomendable pues no son páginas de trámite sino de estudio e interpretación, se hacen balances y consideraciones generales sobre las librerías salmantinas del Quinientos. También se vierten observaciones sobre personajes específicos de este mundo de la librería comercial, como los regatones, buhoneros, estamperos y naiperos, cartilleros, merceros y otros oficios, aparte del de librero en exclusiva, ligados a la difusión libraria en aquella época. Igualmente, caben en el estudio sacristanes y porterías de los conventos a la hora de abordar la difusión de las estampas religiosas.

Por lo que respecta al primer paso para la comercialización de un libro, que es el del concierto de impresión del mismo entre el autor y el impresor, se ofrece un listado de localizados en págs. 17-18. Tampoco se descuida la actividad de los libreros como encuadernadores, con taller propio en ocasiones, y hay referencias a las escrituras entre libreros y ligadores, interesantes a la hora de analizar demandas de mercado. Tras diversas consideraciones sobre el orden de los libros en las librerías (precios y materias particularmente), procede Bécades a ensayar clasificaciones por facultades con diversas subdivisiones, partiendo de la Teología, (págs. 31-52), y recogiendo a todos los autores presentes en los inventarios. Concluye la introducción con una observación muy real y aguda, la de que en los inventarios aparecen a veces ediciones no recogidas en las actuales tipobibliografías, de lo que ofrece no pocos ejemplos para Alcalá de Henares y la misma Salamanca, nada menos que dieciséis en el primer caso y treinta y siete en el segundo. Todo ello nos habla del consumo masivo de dichas ediciones, sin dejar rastro de ejemplares, pero también de otras circunstancias. Bécades rebate la idea, extendida, de que a España no llegaron muchos ejemplares de las imprentas continentales por lo débil de nuestro mercado, pero los números de estos inventarios hablan bien claro de una alta demanda de gran diversidad de autores y títulos. Solo en el de Juan de Cánova (pág. 156) se recogen casi 24500 volúmenes, en 1569, si bien es cierto que el caso de Salamanca, como el de Alcalá, tiene sus particularidades derivadas de la presencia de la Universidad y su influjo cultural. También se destaca la presencia de Erasmo hasta los inventarios de los años cincuenta, siendo determinante en la ausencia posterior el Índice de Valdés, de 1559. Asimismo, el estudio repara en la presencia de libro usado en los inventarios de las librerías, ya que no faltan asientos que indican carencias físicas del ejemplar.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIII, 50 (julio-septiembre, 2007)

Por todo lo referido, Bécades ha sabido ofrecer un abanico representativo de la actividad librera en una gran ciudad de la Monarquía como era Salamanca en el XVI, divulgando materiales que sin duda van a ser la base de estudios posteriores.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIII, 50 (julio-septiembre, 2007)